

Domingo Décimo tercero del Tiempo Ordinario, CicloB

Sb 1, 13-15.02, 23-25; Sal 29,2 y 4. 5-6. 11 y 12a y 13b;

2 Co 8, 7-9.13-15; Mc 5, 21-43

El mensaje de hoy es, por una parte, la existencia de la enfermedad y la muerte en nuestra historia, y por otra, más importante, el anuncio del proyecto de Dios, que es proyecto de vida, y del poder liberador de Jesús que cura a la mujer enferma y resucita a la niña.

Hace unos domingos aparecía Cristo como "el más fuerte", luchando contra el mal. El domingo pasado, dominando las fuerzas de la naturaleza y calmando la tempestad. Hoy, comunicándonos su poder mesiánico sobre la enfermedad y la muerte, en relación con la fe de los interesados, que él mismo se encarga de hacer crecer.

Ante la enfermedad y la muerte, que descubrimos en este pasaje del Evangelio, Dios se nos manifiesta como el Dios de la vida y no de muerte. Él no dijo: "Hágase la muerte", "hágase la enfermedad". El creó la vida. El AT atribuye al demonio -al pecado, al desorden que entró en el mundo por ir contra el plan de Dios- el que haya enfermedad y muerte. No se trata de que cada caso sea castigo a un pecado concreto. Pero ciertamente sí hay conexión radical entre estas realidades y el pecado. Lo que la primera lectura afirma es que el proyecto de Dios es proyecto de vida. El salmo le alaba porque nos da vida, o nos hace revivir, y tiene para nosotros destinos de alegría y gozo.

Sobre todo, el evangelio, nos presenta a Cristo como vencedor de la enfermedad y la muerte, mostrando su fuerza liberadora. No es que sus seguidores se vayan a ver libres de todo mal físico. Él mismo se sometió a la muerte, al cansancio, al dolor y las lágrimas. Se acercó definitivamente al mundo del dolor. La fe no es un "seguro" contra la enfermedad. Pero sí es una luz especial que ilumina desde Cristo la enfermedad.

El Cristo que cura a la mujer con sólo su contacto, el Cristo que tiende la mano a la niña y la devuelve a la vida, es el mismo Cristo que en su Pascua triunfó de la muerte, atravesándola, experimentándola en su propia carne. Y el mismo que ahora sigue, desde su existencia gloriosa, estando a nuestro lado para que tanto en los momentos de debilidad y dolor como en el trance de la muerte sepamos dar a ambas experiencias un sentido pascual, incorporándonos a El en su dolor y en su victoria.

Las palabras de la primera lectura son muy claras: "Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera". Más aún, "las creaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte".

Según el lenguaje popular del Antiguo Testamento fue el diablo el que introdujo este veneno de muerte en la creación. Dios, en cambio, es el autor de la vida y quiere la vida para todos los hombres y mujeres. Dios no dijo, según la Biblia: "Hágase la muerte". "Hágase la enfermedad". Según el Antiguo Testamento es el diablo el causante. Por eso, me parece, debemos estar bien conscientes de que, la

muerte o la enfermedad, no las envía Dios; lo que hace Dios, nuestro Padre, que ama la vida, es ayudarnos a sobrellevar estos males que El no quiere.

En efecto, en el Evangelio, Jesús no dice a los enfermos que tengan paciencia, que vean en el sufrimiento una prueba de Dios. Ni dice Jesús que la muerte se deba aceptar resignadamente. No lo dice. Jesús, ante la enfermedad y ante la muerte, no habla (no predica); Jesús ante la enfermedad y ante la muerte, actúa. Es decir -él que podía hacerlo, cura, incluso -en algunos casos- resucita. Pero, claro está, nosotros podemos preguntarnos qué podemos y debemos hacer ante nuestros hermanos y hermanas enfermos, o ante quienes sufren la muerte de unos de sus seres queridos. Porque nosotros, lo que hacía Jesús, no podemos hacerlo, no tenemos el poder de obrar milagros. ¿Qué hacer entonces? Diría que se trata, en primer lugar, de no querer hacer discursos ni dar explicaciones, pues, ante el dolor y la muerte, no se trata tanto de hablar, sino de actuar. Actuar, comunicando vida a quienes más la necesitan: haciendo compañía, atendiendo con el máximo cariño, ayudando en todo lo que necesitan aquellos que son los más amados de Dios, porque sufren lo que El no quisiera que nadie sufriera. Dicho de otro modo: lo que nosotros podemos hacer es procurar compartir y comulgar con el amor que Dios tiene para con los que sufren por la enfermedad o cercanía de la muerte. No tenemos el poder de hacer milagros, pero tenemos el poder de amar. Que es, probablemente, lo más importante.

Y los médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, y quienes se dedican a investigar sobre estas cuestiones, o quienes tienen la responsabilidad de organizar la sanidad de nuestro país, sepan todos ellos que son queridos colaboradores de la voluntad de Dios, del Dios que quiere la vida, que ama la lucha contra todo mal que aflija al hombre. Esta es su responsabilidad y este es su mérito.

Recordemos que, según lo que hemos leído en el evangelio de hoy, así como en los oyentes de su tiempo, Jesús necesita una cosa para poder actuar en nuestra vida, para poder curarnos de todo lo que nos oprime: necesita que, quienes pidamos, tengamos fe. Le dice a Jairo: "No temas, basta que tengas fe". Y a aquella afligida mujer le dice incluso: "tu fe te ha curado". Y el próximo domingo leeremos que en su pueblo no pudo hacer milagros porque no encontró fe.

Pero, ¿de qué fe se trata? Simplificando podríamos decir que no se trata de recitar el Credo. No se trata de esta fe. La fe que pedía Jesús para curar era una gran confianza en la bondad de Dios, en que Dios quería que se curaran, en que Dios es el Padre de la vida y quiere vida para todos.

La fe es la condición para que Dios obre milagros en nosotros, y, tener fe significa, en sustancia, confesar nuestra impotencia y proclamar al mismo tiempo nuestra confianza en el poder de Dios. Tal es el espacio necesario para que Dios pueda actuar.

II

El mensaje de hoy es, por una parte, la existencia de la enfermedad y la muerte en nuestra historia, y por otra, más importante, el anuncio del proyecto de Dios,

que es proyecto de vida, y del poder liberador de Jesús que cura a la mujer enferma y resucita a la niña.

Ante la enfermedad y la muerte, que descubrimos en este pasaje del Evangelio, Dios se nos manifiesta como el Dios de la vida y no de muerte. El evangelio, nos presenta a Cristo como vencedor de la enfermedad y la muerte, mostrando su fuerza liberadora. No es que sus seguidores se vayan a ver libres de todo mal físico. Él mismo se sometió a la muerte, al cansancio, al dolor y las lágrimas. Se acercó definitivamente al mundo del dolor. La fe no es un "seguro" contra la enfermedad. Pero sí es una luz especial que ilumina desde Cristo la enfermedad.

La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud. Toda enfermedad puede hacernos entrever la muerte.

La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más dura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él (CIgC 1501).

El hombre del Antiguo Testamento vive la enfermedad de cara a Dios. Ante Dios, que es el Señor de la vida y de la muerte, implora la curación (cf. Sal 6, 3; Is 38). La enfermedad se ha de convertir en camino de conversión (cf. Sal 38, 5; 39. 9.12) y, así, el perdón de Dios, inaugura la curación (cf. Sal 32, 5; 107,20; Mc 2, 5-12).

La enfermedad se vincula al pecado y al mal; la fidelidad a Dios, según el AT, devuelve la vida: "Yo, el Señor, soy el que te sana" (Ex 15, 26). El profeta entrevé que el sufrimiento puede tener también un sentido redentor por los pecados de los demás (cf. Is 53, 11).

Conmovido por tantos sufrimientos. Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias: "Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestra enfermedades" (Mt 8, 17; cf Is 53, 4). No curó a todos los enfermos. Sus curaciones eran signos de la Venida del Reino de Dios. Anunciaban una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua. En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal (cf Is 53, 4-6) y quitó el "pecado del mundo" (cf Jn 1, 29), del que la enfermedad no es sino una consecuencia. Por su pasión y su muerte en la Cruz. Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con Él y nos une a su pasión redentora. (CIgC 1505).

Cristo nos invita a seguirlo tomando a su vez nuestra cruz (cf. Mt 10, 38). En la medida en que sigamos a Jesús tendremos nueva visión sobre la enfermedad y sobre los enfermos. Jesús los asocia a su vida pobre y humilde. Les hace participar de su ministerio de compasión y de curación: "Y, yéndose de allí, predicaron que se convirtieran; expulsaban a muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban" (Mc 6, 12-13) (CIgC 1506).

El Cristo que cura a la mujer con sólo su contacto, el Cristo que tiende la mano a la niña y la devuelve a la vida, es el mismo Cristo que en su Pascua triunfó de la muerte, atravesándola, experimentándola en su propia carne. Y el mismo que

ahora sigue, desde su existencia gloriosa, estando a nuestro lado para que tanto en los momentos de debilidad y dolor como en el trance de la muerte sepamos dar a ambas experiencias un sentido pascual, incorporándonos a El en su dolor y en su victoria.

También hemos escuchado que "Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera". Más aún, "las creaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte".

Para curarnos de la enfermedad y del pecado, Jesús necesita que tengamos fe. Le dice a Jairo: "No temas, basta que tengas fe". Y a aquella afligida mujer le dice incluso: "tu fe te ha curado"; o dicho de otro modo: basta que tenga una gran confianza en la bondad de Dios, en que Dios quiere curarnos, en que Dios es el Padre de la vida y quiere la vida para todos; confesar nuestra impotencia y proclamar al mismo tiempo nuestra confianza en el poder de Dios.

Sanando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria del que le suplica con fe, si así nos acercamos a Él, sin duda que también escucharemos, como dijo a la hemorroisa: "¡tu fe te ha salvado!"

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)